

Preludios

DESTINO



I. De cómo estoy aquí porque los caballos doblan

Debe de haber sido una tarde templada de primavera, ya casi empezando el verano, porque el pasto tenía ese verdor claro de pasto nuevo varios días después de una buena lluvia. Esa tarde, como tantas otras, fui a buscar a las vacas lecheras y sus terneros. A los terneros los encerrábamos para evitar que ellos cenaran y desayunaran con la leche que nosotros les disputábamos.

Esa vez pude cumplir la tarea con el Oscurito, el caballo que más me gustaba. El Oscurito era joven y brioso. No como el Oscuro viejo, mucho más manso, pero pesado y torpe. El Tordillo era muy grande y asustadizo, yo le tenía miedo. El Oscurito era “mi” caballo.

“Buscar a las lecheras” era una de mis tareas normales de esa época, como para un chico de la ciudad era en esos tiempos ir a comprar el pan. Yo tendría unos once años y ahora, a la distancia, me asombro de lo que para mí era entonces rutinario.

Ese día, como tantas veces, un ternero se rebeló escapando hacia campo abierto a mis espaldas; y un poco porque era parte de la tarea y otro poco por diversión, lo perseguí con mi Oscurito, a toda velocidad, para obligarlo a que se reuniera con el grupo.

El ternero, ágil, corría pegado al alambrado que formaba lo que llamábamos “el potrero chico”: una parcela en forma de cuña dentro del campo grande. Corríamos por uno de los lados externos de esa cuña. El ternero me llevaba cierta ventaja, pero el Oscurito era rápido y obediente, conocedor de su tarea: había que alcanzarlo. Ya estábamos prácticamente a la par: el alambrado, el ternero y casi apretándolo contra los alambres, el Oscurito y yo, su entusiasta jinete, las piernas ajustadas al cuerpo del caballo y la cara casi pegada a su cuello. Y de golpe, ¡la sorpresa!

El ternero, a esa increíble velocidad, llegado al vértice viró con absoluta naturalidad copiando el ángulo formado por los alambra-

Domingo Boari

dos, que era muy inferior a noventa grados; y detrás de él dobló el Oscurito, tan entusiasta como yo en la tarea de perseguirlo. Yo, en cambio, seguí de largo y por un instante no supe nada de mí; no me recuerdo volando en el aire. Unos segundos después, me encontré aterrizado de pecho y panza en el pasto, sin comprender muy bien qué había sucedido.

No pasó nada. Más bien recuerdo mi asombro y que me lo tomé con humor. Pero aprendí: los terneros, huyendo, cuando llegan a una esquina, por cerrada que sea la curva, doblan. Y los caballos, persiguiéndolos, doblan. Y vaya a saber uno a dónde va a parar.

2. De cómo estoy aquí porque los caballos saben

Otra tarea que me tocaba hacer con el Oscurito era ir, una o dos veces por semana, al aserradero de mis hermanos. Desde la casa en que yo vivía con mis padres, eran unos cuarenta minutos a caballo y siempre había algo que traer o llevar.

Se iba por adentro de los campos, y era una travesía de cierto riesgo, al menos para mí a los once o doce años. Había que salir de las casas por un camino de huellas que durante un buen trecho era recto. Después, para acortar el viaje, convenía tomar un atajo que en mi caso tenía una ventaja adicional: así evitaba pasar cerca de la casa del puestero, que tenía unos perros enormes que me daban un poco de miedo.

Al atajo yo lo conocía muy bien. Era a campo traviesa, sin senda demarcada. Comenzaba enseguida de cruzar el molino. (“Desde acá, desde las casas hasta el molino hay justo mil metros”, me decía mi hermano, para enseñarme a calcular las distancias). Ahí había que doblar en diagonal hacia la derecha. El primer tramo era de campo limpio, después empezaba una zona de árboles ralos, y entonces había que bordear a cierta distancia el bosque espeso de espinillos.

Antes de llegar al bajo, comenzaba a quedar a la vista el eucaliptus grande que a partir de allí servía de referencia. Se cruzaba por el bajo, que siempre tenía agua pero no mucha, otro tramo de campo seco, con pocos árboles, y se llegaba al eucaliptus. Fin del atajo: ahí nomás estaba el camino y la tranquera que daba al campo de Bértora. Un buen trecho por la doble huella dentro de ese campo, después el laberinto de senderos por los fondos de pequeñas propiedades y por fin se llegaba al aserradero.

Un día, no sé si porque fui tarde o porque me entretuve jugando con mis sobrinos, apenas un poco más chicos que yo, a la vuelta se me hizo de noche. Yo venía tranquilo, y recorrí sin problemas los senderos internos, el camino dentro del campo de Bértora, hasta la tranquera y el eucaliptus.

Sin un atisbo de duda me lancé por el atajo. Pero después de un tramo, de golpe, dejé de silbar. Me vi en un paisaje desconocido y no sabía dónde estaba. No había tormenta, no relampagueaba, pero la luminosidad de la noche era extraña. La luna estaba oculta detrás de una gran nube oscura de bordes brillantes.

En el amplio horizonte de todo mi campo visual, sobre un fondo plateado de nubes luminosas, se recortaban las siluetas negras de los árboles. Tal vez el Oscurito registró mi duda, porque yo no sabía si apurarlo o detenerlo.

Había escuchado varias veces que ese campo era traicionero. En las largas veladas de mi numerosa familia se decía que dos peones se habían perdido un día entero justo por esa zona siguiendo a una garza seductora que no se dejaba cazar. Se me secó la boca, todo el cuerpo se me puso en tensión. Miré alternativamente a izquierda y derecha, varias veces: los contornos planos de árboles extraños no me servían para ubicarme.

El Oscurito se resistió a obedecerme y solo de mala gana me hizo caso y se detuvo. Miré hacia atrás en busca del eucalipto como referencia, pero hacia ese lado el horizonte estaba oscuro y no se veía silueta alguna. ¿Cuánto duraron esos instantes de eternidad? Detenido, el Oscurito estaba inquieto. Entonces me acordé.

—Si vas a caballo no tengas miedo de perderte en el campo —me había dicho un día mi hermano—, aflojale la rienda y dejate llevar, el caballo te trae solo.

¿Serviría el consejo también para la noche? No tenía otra opción, así que decidí probar. Apenas sintió que lo autorizaba a seguir, el Oscurito se puso en marcha. Parecía tranquilo, con el andar animado que tenía siempre cuando volvíamos a casa. Detrás de unos árboles que interrumpían la visión apareció recortada en el horizonte la rueda del molino. “Ya está”, me dije, “desde allí, bien derecho por el camino, solo faltan mil metros para estar en casa”.